

HOMBRES

DON TOMAS RUEDA VARGAS

Quince años hizo el 25 de julio que desapareció de entre nosotros don Tomás Rueda Vargas. Su nombre, ejemplar por muchos conceptos, viene siempre nimbado de las virtudes cardinales que conformaron su tarea y su vida. Escritor nato, sabía manejar el idioma con singular pericia sin caer en rebuscamientos ni en gongorismos. Su pensamiento era diáfano por lo cual no se perdía en el laberinto de las palabras. Apenas éstas eran el dócil instrumento para su dialéctica, para ese generoso razonamiento intelectual que constituía el Alfa y el Omega de su diario batallar.

Y no obstante esto, nada tan difícil como acercarse a la imitación de esa su prosa fina, decantada, risueña. En sus páginas sobre la Sabana de Bogotá que amara tanto, nos recuerda a Azorín con su carga de pueblecitos apiñados en torno de su estilo de pintor y de evocador prodigioso. Don Tomás Rueda Vargas tenía un alto sentido de la ciudadanía, de la juventud, de la educación, de los símbolos de la patria. Para él Colombia no era una entelequia literaria, ni una caprichosa geografía con una muchedumbre de habitantes díscolos braceando como telón de fondo. Era la urna que guarda las especies del patriotismo, la razón de ser de generaciones que la han edificado con lo mejor de su corazón. Por eso su obra literaria no viaja en el vacío, ya que en ella trató de los temas fundamentales que constituyen el armonioso discurso de una nacionalidad. Educación, apego y amor a la tierra, ética, libertad, no como una palabra vana sino como un clima conviviente para todos los colombianos. Este maestro de juventudes está presente entre nosotros porque para emprender cualquier tarea en los campos de la cultura mucho tenemos que aprender de este confaloniero de la educación colombiana.